

Retazos de la memoria

El tiempo circular en Julio López Hernández

Desde la Antigüedad hasta nuestros días las obras maestras del arte, al igual que la vida y las opiniones de los artistas, han interesado a todas aquellas personas que, con intenso ardor, desean desentrañar la magia y el misterio de las grandes creaciones estéticas. Para ello, no solo reflexionan acerca de lo que sienten al contemplarlas, sino también buscan informarse, de manera pormenorizada, sobre lo que de su significado y trascendencia han pensado y escrito quienes tienen por oficio el entendimiento del arte. Sin el conocimiento de la denominada “literatura artística”, elaborada a lo largo de los siglos, hoy no existiría la memoria viva de la producción artística del pasado, de los sucesivos cambios de estilo y la impronta de los diferentes gustos estéticos en las distintas culturas a nivel universal. Los historiadores y los críticos de arte han sido y siguen siendo los encargados de dicha tarea documental y esclarecedora. Ahora bien, la “literatura artística” no está solamente compuesta por la labor especializada de la investigación historiográfica. A los libros enciclopédicos y a los estudios de carácter general, las monografías, los artículos y catálogos acerca de la vida y las obras de los artistas, fruto de la erudición y el trabajo crítico y método científico de los expertos, hay que añadir los textos, más libres y espontáneos, escritos por los propios artistas, sean ya en forma de tratado, de ensayo filosófico, de manifiesto doctrinal, o ya declaraciones y opiniones recogidas por coetáneos admiradores o partidarios de su estilo. También hay que tener en cuenta los epistolarios a familiares y amigos, dietarios y diarios íntimos, que sus autores nunca pensaron que serían publicados. Para citar solamente al-

gunos ejemplos significativos modernos desde el Renacimiento, recordemos *El libro del Arte* de Cennino Cennini, *Los Comentarios* de Ghiberti, los manuscritos de Leonardo da Vinci, las *Vidas* de Vasari, la *Autobiografía* de Benvenuto Cellini, los pensamientos o propósitos de Poussin, las *Cartas a Zapater* de Goya, *El Diario* de Delacroix, las *Cartas a su hermano Theo* de Van Gogh, las opiniones de Rodin, la conferencia sobre el cubismo de Juan Gris, los libros sobre el constructivismo de Joaquín Torre-García o las obras literarias de Dalí, incluida sobre todo su *Vida secreta*. La lista podría ser mucho más larga y variada, pero aquí resultaría, además de excesiva, tediosa.

Esta breve recapitulación de la “literatura artística” no está demás al tener que prologar este libro del escultor y académico de Bellas Artes de San Fernando, Julio López Hernández. Su título no puede ser más explícito y expresivo: *Notas a pie de obra*, ya que nos muestra que se trata de reflexiones del artista desde la génesis hasta la conclusión de una obra de arte llevada a cabo en la densa soledad del taller. De observar es que Julio López Hernández, que en tanto que escultor figurativo pertenece al grupo madrileño de los artistas del realismo cotidiano de la segunda mitad del siglo xx, no solo tiene un dominio extraordinario de orden técnico y material de la plástica, sino también que ha sido siempre un gran lector y un excelente conocedor del legado literario, tanto del pasado como del presente. Los títulos que da a sus estatuas y relieves, lo mismo que los lemas o motes que a manera de inscripciones figuran en sus estelas o en sus medallas, siempre pertenecen a un orden lírico de la más acendrada poesía. A los valores táctiles de su estatuaria hay que añadir el significado emblemático y literario de carácter simbólico que caracteriza su producción tridimensional.

Artista enraizado en la tradición plástica del arte figurativo occidental, Julio López Hernández ha sabido dar a sus obras un aire novedoso y moderno, propio de una persona que vive atenta a los sucesos y a las preocupaciones de su tiempo. En las páginas del presente volumen, en las cuales comenta los motivos que inspiraron la creación de sus obras, nos muestra cómo los acontecimientos trágicos o sucesos extraordinarios le llevaron a plasmar grupos escultóricos de fuerte dramatismo. Las catástrofes naturales ocurridas, los terremotos y los accidentes, al igual que hechos dramáticos que han tenido lugar en países lejanos, son motivo de su puesta en marcha conceptual y operativa. También, por el contrario, la observación y el amor a las personas, al igual que el recuerdo de las escenas familiares más cercanas y más íntimas y felices, han sido fuente de inspiración para hacer su transcripción al mundo de la escultura.

Para acompañar al texto literario de su relato y darle mayor veracidad y realismo reproduce los recortes de periódico, las tarjetas postales, las fotografías que explican el origen directo y visual que le llevó a emprender su metamorfosis escultórica. Aparte de sus virtuosos y hermosísimos dibujos también son de señalar las citas históricas y literarias, y las referencias artísticas que hace a lo largo de todo su texto. Los nombres de San Juan de la Cruz, Rilke, César Vallejo u Octavio Paz son significativos. También lo son los de Maksim Gorki, Walter Benjamin o su coetáneo Manuel Vicent. En lo que se refiere a la escultura, los nombres van desde Donatello hasta Medardo Rosso y Brâncuși, pasando por los maestros del gótico germánico de las catedrales de Bamberg y Naumburg. Julio López Hernández ha sido siempre un transmisor de los valores esenciales de la dimensión tridimensional y de la permanente unión de la escultura con la vida más intensa.

El lector que se adentre en el contenido de los textos de Julio López Hernández con curiosidad y ojee detenidamente las páginas de este libro, muy pronto captará cómo, en la obra escultórica del artista, se funden la existencia humana y la representación corporal y física dentro del espacio o el ambiente en que se encuentran inmersas. Sus estatuas inmersas en un tiempo detenido, en una atmósfera íntima y personal, palpitante de emoción contenida, son la imagen de un instante fijado definitivamente para la eternidad. Importante es destacar que Julio López Hernández, para dotar de mayor potencia lírica a sus creaciones, recurre al contraste entre los plenos y lo vacío, fragmentando los cuerpos y los objetos representados plásticamente. Gracias al vacío activo, sus obras escultóricas no podrían ser más sugerentes. Con un dominio técnico poco común, Julio, hijo de un orfebre y grabador de troqueles y él mismo estampador de medallas, sabe que lo ideal es dejar de ser corpóreo para vivir sin materia, como los seres celestiales. En su obras realistas, a fuer de naturalistas, hay un áura, un hálito de ensueño, que solo se explica por la resonancia surrealista de origen literario y la palpitación interna de las formas que bajo la luz adquieren una presencia numinosa.

Puesto que ante todo Julio López Hernández es un artista que durante toda una laboriosa existencia no ha parado de trabajar ensimismado en su obra escultórica, hoy podemos preguntarnos cuál ha sido el motivo que le ha llevado a escribir el presente libro. Su inclinación poética ya la hemos señalado, recalcando los títulos de sus estatuas y los lemas de sus medallas, que nos confirman su gran conocimiento conceptual de la literatura. Ahora bien, lo mismo que la pintora realista Amalia Avia, tras la muerte de su marido, el pintor Lucio Muñoz, escribió un libro de memorias, Julio, a la muerte de su mujer, la inolvidable y entrañable

pintora Esperanza Parada, ha llenado su soledad al redactar el texto que ahora nos regala a todos nosotros los que admiramos y amamos su obra de escultor. Su libro, que dentro de la “literatura artística” pertenece a la categoría de las memorias inspiradas en los platónicos “guardianes de los recuerdos” y amantes de la tradición, es algo semejante a *La pequeña crónica de Anna Magdalena Bach*, una sublime canción y alabanza del hogar “agarimoso” del artista, también un “libro de razón” y “cuaderno de taller”, un “memorándum” en el que anotar las cosas que deben recordarse, una “miscelánea” en la cual se rememoran hechos familiares, nombres y fechas que no hay que olvidar, citas literarias, datos y recetas de taller y consejos para un buen trabajo manual. En el fondo, su texto es una reflexión propia de un artista que domina a fondo su oficio. Solo el autor de una obra tan impresionante como el relieve o caja espacial *Dormitorio en Almagro 28*, tan impregnada del sobrecogedor, alucinante y angustioso misterio que encierra una habitación, puede escribir un libro aparentemente tan real, canónico y regular dentro de la tradición de la literatura artística. En todas sus páginas aletea la figura tutelar de su amada y tristemente desaparecida esposa, fiel y enamorada compañera y musa de su vida.

El texto de Julio López Hernández, tan lleno de sabiduría y poesía, es testimonio de toda una vida consagrada al arte, una reflexión y a la vez una memoria del tiempo del artista que transcurre entre el íntimo espacio del hogar familiar y el taller, un tiempo que se cierra sobre sí mismo de una manera circular y definitiva.

3 de noviembre de 2015

Antonio Bonet Correa
Real Academia de Bellas Artes
de San Fernando de Madrid